



La esencia y el desarrollo del ser humano debe desenvolverse dentro de un contexto netamente impregnado de cultura. Para alcanzar este objetivo, esta última necesita que la Universidad desempeñe un papel crucial como embajadora suya dentro del medio social. Erigida en tal representante, adquiere un extraordinario valor, en tanto que en ella se conjugan sus dimensiones como institución, organización y comunidad, al que se suma su cuarta componente patrimonial.

La transferencia del Saber, antes y después de la aparición institucional universitaria sucedida en la Edad Media, ha desarrollado una importante tarea como actnz destacada en el devenir de la Humanidad. En su paralelismo evolutivo con la sociedad en la que está inscrita, ha contribuido decisivamente al incremento de su capacidad de renovación, además de constituirse en el lugar preferible para la producción y continuidad de los conocimientos, la investigación y la intercomunicación entre las personas.

Como las arrugas en el rostro de un anciano, las huellas de la Universidad se han ido depositando a lo largo del tiempo en un espacio fuertemente enraizado en el tejido urbano. La detenida lectura de su morfología posibilita las claves para interpretar la evolución que la Institución ha experimentado con el transcurrir de los siglos. Entendida como tal producto de la Historia, puede procesarse el estudio de las diversas tipologías de implantación física mediante las cuales se ha asentado en el ámbito territorial y ciudadano de un determinado país o área geográfica. Toda visión panorámica cronológica debe efectuarse con una cierta sistemática de análisis. Procediendo así, resultará asequible alcanzar una clasificación tipológica que ayude a ordenar la producción urbanística y arquitectónica de la Universidad en el espacio y el tiempo. El proceso ha de estar cargado de un rigor científico imprescindible, para así poder concatenar las fases sobre las que se articula la investigación, cuales son la descripción y la interpretación, a las que complementan, de cara a la futura optimización de los ámbitos radiografiados, la diagnosis y la revisión.

Antes de proceder al comienzo del recorrido histórico-tipológico, resulta atractivo aproximarse a un enfoque del tema desde una perspectiva filosóficamente distinta, aunque superpuesta en el tiempo. El desarrollo vital de la Universidad, tanto en el plano académico como en el de su traducción formal, ha dejado patente ser el emocionante contraste entre sueño y realidad, entre convergencia y desencuentro, entre ilusión y desencanto. La energía transformadora que la utopía ha aportado a esta Institución la ha capacitado para sumergirse una y otra vez en un permanente proceso de renovación tras el decaimiento, ayudándola a encontrar siempre un camino por donde conducir la regeneración de sus ideales y estructuras físicas. Merced a ello, y a pesar de haberse visto zarandeada por los múltiples ava-

*Universidad de Stanford
(Palo Alto, EE. UU.)*



tares que la Historia le ha deparado, nunca ha renunciado a su propia continuidad, ininterrumpida desde hace más de nueve siglos.

1. Prehistoria universitaria

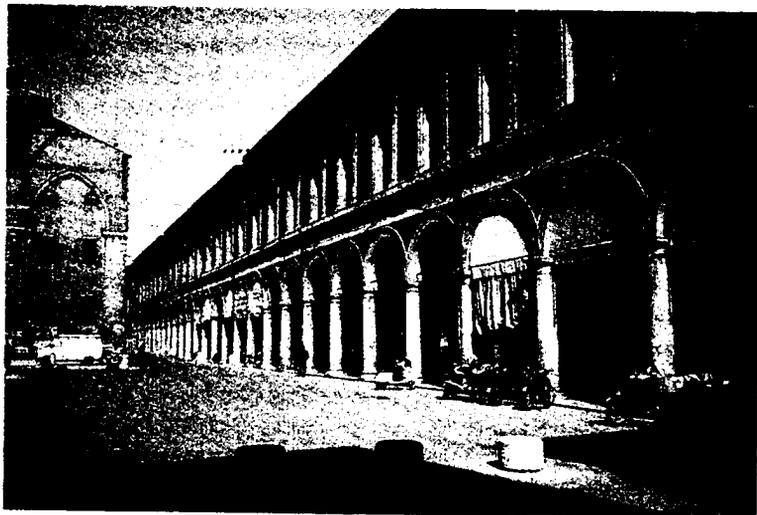
Concretar en el tiempo el arranque de la "prehistoria" de la Universidad es algo tan complejo de acotar como lo es el inicio de las actividades sistematizadas de transmisión del Saber. Junto con el Parlamento, es quizá la única Institución cuyo origen no está anclado en la Antigüedad. Aceptando este momento cronológico como base de partida, podría interpretarse que la primera implantación "universitaria" con entidad fue la *polis* griega. Como embrión de "Ciudad del Saber" dibujó en su estructura urbana espacios de trascendente proyección hacia el futuro, como el *Ágora*, la *Academia* o el *Gimnasio*, en los que tenía lugar la convivencia entre maestros y discípulos, y donde encontraron un marco ciudadano la transferencia y difusión de los conocimientos a través del diálogo y la palabra. Paralelamente, en "La República", Platón diseñaba ya una metodología educativa para formar a los habitantes, tanto si eran dirigentes como si formaban parte del cuerpo social de base; quedaba así esbozado un antecedente de lo que hoy se conoce como educación superior, instrucción que viera la luz como tal en el siglo XII.

La Grecia clásica ofrecía por tanto un primer cuerpo urbano para la transmisión del verbo docente, una primitiva identificación entre Ciudad y Saber. Este pionero "recinto universitario" cristalizó con la personalidad de poseer una configuración física reconocible, anticipándose en solitario a la entrada en escena de la componente institucional con la que formará pareja indisoluble a partir de la Edad Media.

En una primera aproximación al caso español, un salto cronológico permite situarse en la época de las Universidades musulmanas, las *madrasas*, antecesoras del prolífico desarrollo que experimentaron las de inspiración cristiana. Una de las más notables fue la de Granada: la *Madrasa* de Yusuf I encontró su ubicación junto a la Capilla Real, en la calle Oficios. Fue en el siglo XIV sede de la "*Universidad de estudio*", trascendiendo en objetivos y funciones a su inexacta interpretación histórica como mera biblioteca (ambos términos son posibles acepciones del sustantivo *madrasa*). La ingente cultura islámica propició la creación de las Escuelas de Traductores, cuya misión fundamental fue la de adaptar y canalizar los conocimientos árabes desde España hacia el Norte europeo. En el 1085, la conquista de Toledo -sede privilegiada de estos establecimientos-, trajo como consecuencia la apertura de puertas de esa cultura a la civilización occidental.



Universidad de Bolonia (Italia)



Universidad de Bolonia (Italia)
Archiginnasio

Antes de abandonar este sucinto prólogo y dar paso al nacimiento de la Universidad en sentido estricto, conviene dedicar una puntual atención a las catedrales y, sobre todo, a los conjuntos monacales. Los monasterios engendraron los gérmenes de las estructuras físicas en las que se implantó la Universidad, y puede esgrimirse sin pudor que han sido transportadas, aceptando todas sus mutaciones tipológicas y conceptuales, prácticamente hasta la actualidad. Constituidos como establecimientos de marcada vocación insular, se organizaban como ciudades ideales, bastiones de la civilización y de la cultura en colectividad. La autonomía funcional que preconizaban quedaba reflejada internamente en la distribución de los espacios edificados. Uno de los paradigmas proyectuales lo encarnó el plano de la Abadía de Sant Gall, atribuido a Einhard y fechado en torno al año 830. De su lectura se extrae que una de sus piezas más sobresalientes era el cuerpo localizado junto a la cabecera de la Iglesia, el cual albergaba la biblioteca, en planta alta, y el escritorio en planta baja. La consecuencia de esta estructuración es que dicha biblioteca pasaría desde entonces a ser parte intrínsecamente vinculada a los monasterios.

2. La Universidad como Institución

Etimológicamente, el término *Universidad* designaba antaño uno de los gremios que se organizaban en las ciudades, refiriéndose a la comunidad espontánea de maestros y alumnos (*universitas magistrorum et discipulorumque*) que defendían sus intereses. Fue notable el gremio judío que se desarrolló en Varsovia, el cual influyó sin duda en otros centros de cultura de similar naturaleza.

La Universidad apareció con fuerza en la escena europea a partir del siglo XIII, heredera de las originarias "facultades" que otorgaban los cancelarios catedralicios a determinados maestros para enseñar. Ahora bien, desde comienzos de la centuria precedente, ya se habían establecido importantes Centros como Bolonia (1088), Oxford (1167) y París (1170). La italiana nació como una hermandad de estudiantes que elegían su propio rector, en tanto que la francesa lo era de maestros licenciados, siendo este modelo el que adoptarían posteriormente Oxford y Cambridge. En el caso de Salerno, su incuestionable fama se debe a la enseñanza de la medicina, disciplina en la que alcanzó un prestigio equiparable a la de Bolonia en leyes o a la de París en teología. En España, las Universidades fueron de fundación plenamente real, que no pontifical, siendo los pioneros el *Estudio General* de Palencia (1212), desaparecido prematuramente, y antecesor de las históricas Universidades de Salamanca (1215), Valladolid (1260), Alcalá de Henares (1293) o Lérida (1297). En lo relativo a su cronología, las fechas de sus respectivas creaciones no reflejan tanto el inicio de sus actividades docentes, sino más bien el momento del reconocimiento oficial de que fueron objeto.

La Universidad tomó cuerpo a partir del éxodo del Saber desde los claustros catedralicios y monacales, en su salida al encuentro con la sociedad. Los conocimientos se transportaban y difundían de acuerdo con un renovado espíritu cosmopolita que propiciaba el intercambio y que se apartaba intencionadamente de la autosuficiencia e insularidad propia de las congregaciones monásticas, empapadas éstas de la utopía agustiniana. El análisis de las implantaciones físicas mediante las cuales la Universidad se fue asentando en el ámbito urbano y territorial pivota en torno a la herencia de la tipología arquitectónica del claustro, espacio contenedor dentro del cual se transmitía la Verdad Absoluta en cuanto que fundamentada en lo divino, como fiel reflejo de la filosofía teológica de la época.

A mediados del siglo XIII, concretamente entre 1256 y 1263, Alfonso X el Sabio redactó el Código Legislativo de las *Siete Partidas*. En la segunda de ellas se dibujaba el primer trazado sólido de los criterios que deben regir las características del *lugar* en el que deben desenvolverse las actividades del *Estudio General*. Reclamaba el monarca la necesidad de edificios propios y funcionales para albergar tan relevante misión. Defendía para ellos una ubicación alejada de la villa, principio teórico que constituyó, con cinco siglos de antelación, un primer representante conceptual del *campus* norteamericano. La ley alfonsina estuvo no obstante precedida por las directrices referentes a las condiciones que debía reunir una escuela, y que fueron recogidas por Buongompagno, un maestro de retórica de la Universidad de Bolonia.

La Ciudad del Estudio europea nacida a lo largo de este periodo histórico podría sintetizarse como adscrita a un único modelo, siendo precursoras en su definición las paradigmáticas Universidades de París, Bolonia, Oxford o Salamanca. Esta última se constituyó en el *Alma Mater* de la trascendente proyección de la Institución occidental hacia Hispanoamérica.

La organización arquitectónica más significativa ligada a la Universidad que tuvo su raíz en esta época fue la del edificio-Universidad. Hasta el siglo XV, los lugares vinculados a la Institución adoptaban una configuración policéntrica dentro del tejido urbano, consistiendo en locales escasamente habilitados para el uso docente. Fue entonces cuando se comenzaron a levantar en Europa conjuntos compactos dotados de todos los elementos necesarios para la actividad educacional superior: aulas, capilla, biblioteca, sala de actos, teatro o paraninfo académico y oficinas para rectores, operarios y maestros. Pero quizá su elemento de mayor peso específico no fuera tangible en sentido estricto: constituían todo un símbolo de la Universidad de la que eran anfitriones. Morfológicamente, se ajustaban a una planta cuadrada o rectangular organizada en torno a un patio y dominada con frecuencia por una torre en la que solía situarse un reloj. Además de la obligada referencia a la Sapienza, esta tipología cristalizó en el *Archiginnasio* de Bolonia, imponente conjunto de traza asimétrica diseñado en 1563 por el arquitecto Antonio Terribilia, que afortunadamente todavía hoy puede contemplarse en todo su esplendor arquitectónico.

En España, la propuesta arquitectónica que arraigó con más contundencia fue la del Colegio-Universidad, cuyos orígenes foráneos han de localizarse en París, ciudad en la que el capellán de San Luis, Robert de Sorbonne, fundó en 1257 un Colegio para hombres. Este conjunto fue en sus orígenes efectivamente un Colegio universitario aunque, con el transcurrir de los años, se transformó y desarrolló, alcanzando su fama y plenitud ya como Universidad de la Sorbona. Uno de los referentes nacionales más notorios fue el Colegio de San Clemente. Erigido en Bolonia en torno a 1367 por el Cardenal Albomoz, se regía internamente de acuerdo con un gobierno tan democrático como la Institución boloñesa en la que se encontraba inserto, donde los estudiantes eran quienes ejercían la inspección del Estudio.



Universidad de Cambridge (Reino Unido)

Ciñendo el análisis al ámbito territorial español, quizá el modelo más imitado a lo largo del prolífico siglo XVI fue el del Colegio de San Antonio Portaceli de Sigüenza. Inaugurado a finales de la centuria precedente, se le considera antecesor del cisneriano Colegio San Ildefonso erigido pocos años después en la cercana villa de Alcalá de Henares. La extraordinaria y numerosa construcción de imponentes Colegios a lo largo y ancho del territorio constituyó toda una seña de identidad de la Institución española, si bien de alumbramiento algo tardío respecto al análogo proceso europeo. El sobresaliente florecimiento debió su razón de ser, entre otros factores, al apoyo de los Reyes Católicos, consecuencia de lo cual la influencia del sistema colegial español trascendió sus fronteras y arraigó en el continente americano.

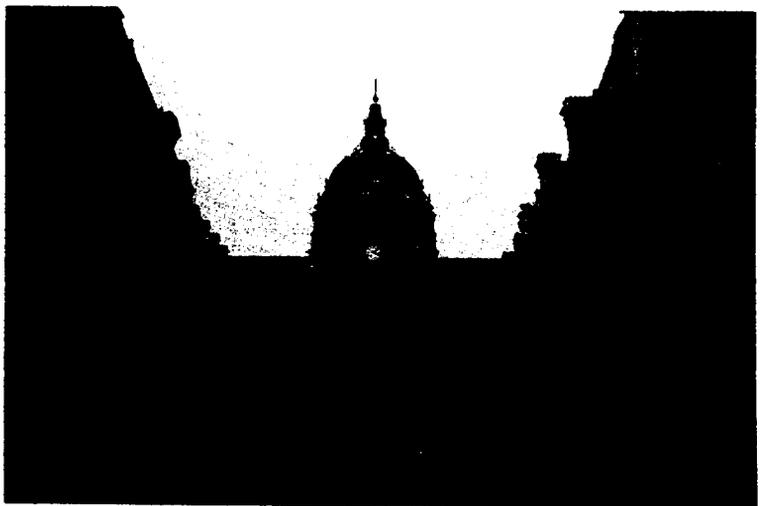
Abarcando un ámbito internacional, se recorta con nitidez sobre la panorámica universitaria la magnífica configuración de los Colegios de Oxford y Cambridge, quizá los máximos exponentes de la herencia de esta tradición institucional y arquitectónica. Su expansión urbana constituyó uno de los paradigmas de la identidad entre Ciudad y Universidad, como se analiza a continuación.

3. La regeneración europea en el tránsito a la modernidad

El modelo británico

De acuerdo con el planteamiento del pensador Augusto Comte, el Renacimiento y el Barroco fueron testigos de una propuesta universitaria diferente, humanista y metafísica, depositaria de una filosofía que había mutado desde el absolutismo atribuido al Saber en el medioevo teológico, hacia una concepción más limitada del mismo. A partir de este periodo, y dejado atrás el concepto medieval de Universidad como "tierra firme", se pasó a entender el conocimiento como un continente de ignorancia, dentro del cual no existía la certeza, sino tan sólo la parcialidad y la provisionalidad. Por este motivo, se primaba la investigación, como empresa lanzada a la búsqueda de alternativas cognitivas. La evolución posterior alcanzó, a partir del siglo XIX, discursos de corte científico y positivista.

Sustentada en los paradigmas de Oxford y Cambridge, la propuesta británica fue pionera en la formalización de lo que podría entenderse como una segunda "Ciudad del Saber", aceptando el enunciado de la *polis* griega como su germen conceptual, puesto que la precedió cronológicamente en su aparición en la Historia. La mencionada tradición colegial encontró en los *colleges* ingleses un representante de crucial significación y proyección en la Universidad europea y cuya exportación transoceánica tanto tuvo que ver con el nacimiento a partir del siglo XVIII del paradigmático *campus* norteamericano. El *college* anglosajón poseía una vocación autónoma más acusada que sus homónimos continentales, tanto respecto al Estado como en referencia a la propia Universidad. En su configuración en planta, esencialmente cuadrada o rectangular (*quadrangle*), podía leerse la huella de la arquitectura monástica, en tanto que el claustro constituía un espacio de marcado orden formal dentro del cual el control de la vida estudiantil era más directo. Además de ello, mediante la citada geometrización se lograba una mejor adaptación a las divisiones del tejido ciudadano, consecuencia de lo cual se rentabilizaba con mayor efectividad la disponibilidad de suelo sobre el que implantarse.



*Universidad de la Sorbona
(París, Francia)*

En suma, una composición cerrada y múltiple que iba densificando y estructurando un ente urbano bastante homogéneo, en el cual cristalizaba la plena identificación Ciudad-Universidad. De la progresiva extensión de los *colleges* a partir del siglo XVI, surgió uno de los paradigmas arquitectónico-universitarios más emblemáticos de la Historia, mantenido con plena vigencia hasta la actualidad.

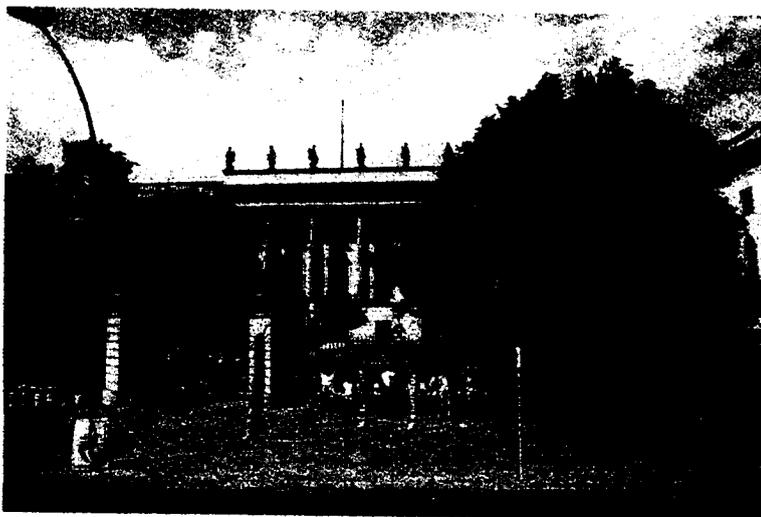
El modelo francés

La Universidad napoleónica vio la luz en los primeros años del siglo XIX. Desde su entrada en escena, la filosofía inherente a la concepción que propugnaba impuso unas nuevas pautas organizativas para la Institución. Basada en la identificación del principio de la razón como razón de Estado, se configuró como una Universidad de corte imperial, vocacionalmente centralizada, burocrática y dependiente del poder establecido. La servidumbre a la nobleza característica del modelo británico mutó hacia una plena subordinación al Estado. De la permanente revisión del Saber propia de propuestas precedentes, se transitó hacia la enseñanza de los saberes específicos, fruto de lo cual la Universidad, en tanto que servicio público, se encargaría de formar a los distintos profesionales y funcionarios de la sociedad.

En lo que atañe a su modo implantación en el ámbito territorial, el modelo de distribución escogido situaba a la capital parisina como centro de gravedad por antonomasia de toda la Institución nacional. Localmente, los edificios docentes adoptaron una configuración policéntrica y cercana, de manera que la tipología de asentamiento resultaba ser difusa en el interior de la metrópoli. De este modo, y a través del vehículo arquitectónico y urbanístico, se posibilitó un fecundo diálogo esencial de la totalidad (el centralismo universitario) con el fragmento (la multiplicidad de piezas dispersas). Puede así interpretarse que, aunque bajo otro prisma diferente al caso inglés, la Universidad volvía a identificarse con la Ciudad. Los conjuntos pabellonarios parisinos, consecuencia de la subdivisión en cátedras y departamentos, constituyeron la realidad construida que heredaba la utopía iluminista.

A este fenómeno de traducción de la entidad docente parisina al tipo de materialización edificada descrito debe añadirse la operación de ampliación de que fue objeto el imponente edificio de la Sorbona. A partir del primitivo conjunto engido en tiempos de Richelieu, se levantó la nueva estructura, diseñada por Henri-Paul Nénot. Cuando Napoleón creó la Universidad Imperial, relegó a un segundo plano al emblemático edificio, con lo cual fraguó la transformación de la tipología compacta y monoestructural de la gran "nave académica" al modelo de localización múltiple y disperso por el tejido del barrio latino. El Palacio Académico se construyó entre 1885-87, emplazándose en la zona del testero la cabeza principal actual. Su intención no fue sino la de reivindicar la Universidad desde la República, como mérito y emblema suyo, alejándose de un enfoque religioso o eclesiástico. La renovada entrada principal apostaba por la apertura a la ciudad, como reflejo de la intención metafórica de abrir la entidad docente a la "res pública". Hoy continúa apreciándose cómo disfruta la solemne pieza arquitectónica de un ámbito urbano sobre el que desahoga su monumental alzado: es la plaza del matemático Painlevé, vinculada al bulevar Saint Michel.

La Sorbona ofrece en añadidura una hermosa lección de compromiso urbanístico entre Ciudad y Universidad que no conviene pasar por alto. La Iglesia que engiera Richelieu se abre doblemente, al patio interior y al exterior. La portada alojada en el extremo de su nave central se asoma a la ciudad, la cual responde a este gesto con la intención de dignificar su presencia. Y lo hizo en su día derribando expresamente casas existentes, de modo que se generó una



*Universidad de Humboldt
(Berlín, Alemania)*

plazoleta de "respiro", tangencialmente a la Rue Sorbonne, y situada exactamente delante de la entrada del templo universitario.

El modelo alemán

La Universidad de Berlín fue creada en 1810, impulsada por las directrices dictadas por Wilhelm von Humboldt, quien la calificó como "*madre de todas las Universidades modernas*".

En el plano académico, la nueva Institución apostó por la búsqueda permanente de la Verdad a través de la investigación conjunta entre profesores y alumnos, configurándose con un notable grado de autonomía respecto al Estado. Esta concepción estuvo influenciada por las ideas del filósofo Johann Gottlieb Fichte, que fue su primer rector, y por Friedrich Schleiermacher. Como ocurría en los dos casos precedentes (británico y francés), la Universidad alemana quedaba adscrita a grupos sociales minoritarios, de signo burgués y espíritu liberal.

La idea de implantación urbana elegida en un principio fue la del edificio-Universidad, heredero de la tradición renacentista, uno de cuyos representantes más significativos fuera el *Archiginnasio* boloñés del XVI. El rey Friedrich Wilhelm III donó para ello el Palacio del Príncipe Heinrich, que fuera construido entre 1748 - 1753 por Knobelsdorff y Boumann, y cuya fachada principal se abre al Paseo bajo los Tilos (*Unter den Linden*). Diseñado originalmente con planta en "U", fue posteriormente ampliado entre 1913 y 1920 por Hoffmann, extendiéndole dos alas hacia el Norte. En este caso, el carácter monumental y el neoclasicismo racionalista -heredero de la escuela de Durand- fueron las pautas estilísticas seleccionadas para el conjunto levantado en el núcleo de la capital prusiana, en las que se detectaba cierta influencia del *Quattrocento* italiano en cuanto a elementos románticos decorativos.

Dicho romanticismo no dejó de ejercer su influencia en algunas configuraciones monoestructurales españolas, como lo fueron el edificio de la Universidad Central de Madrid, ocupado al trasladarse desde Alcalá de Henares, en 1836. Para ello, se rehabilitó el antiguo Noviciado de la Compañía de Jesús, Institución religiosa que, por otro lado, tan prolífica huella dejó en España de sus Colegios a partir de su fundación en 1540. De mayor empaque era el conjunto de la Universidad de Barcelona, levantado entre 1859 y 1885, y cuyo arquitecto fue Eilás Rogent. Para su localización dentro de la capital catalana, se eligió un emplazamiento en el encuentro entre la nueva y la vieja ciudad, constituyendo uno de los primeros grandes equipamientos del Ensanche decimonónico. De este modo, una célula universitaria pasaba a desempeñar el papel de bisagra para el crecimiento metropolitano, rol que ya había tenido fecundos precedentes en la Historia desde siglos atrás. Regresando al caso muniqués, y al margen de aquella inicial formalización arquitectónica, la huella física de esta "urbanización cultural" germana acabó traducándose en una ampliación de la ciudad.

El "campus" norteamericano

El estudio de este emblemático modelo debe iniciarse mediante una aproximación etimológica que matice la propiedad en el empleo del término *campus*, tan indiscriminadamente utilizado en el lenguaje universitario actual. Parece que apareció por primera vez en Princeton, mencionado en una carta escrita por un alumno en Enero de 1774.



Universidad de Harvard
(Cambridge, EEUU)



Universidad de Virginia
(Charlottesville, EEUU)

En ella, se asignaba a esta expresión la vasta extensión de suelo alrededor del edificio denominado "Nasau Hall", siendo acuñado como un latinismo alusivo al *Campus Martius* de la antigua Roma.

La concepción del nuevo prototipo estaba orientada a la consecución de una *Ciudad Ideal*, cristalización de la que podría calificarse como utopía de la insularidad. Partiendo del enunciado formal y funcional del *college* británico, se le daba traslado a un paraje de amplia extensión y contundente dominio de la Naturaleza, en el cual asentar la pequeña ciudad idílica segregada. Comenzaba así a tomar cuerpo la configuración de una tercera "Ciudad del Saber", caracterizada por la creación de un mundo autosuficiente, alejado del mundanal bullicio, que se reencontraba paradójica y conceptualmente en este criterio con la insularidad inherente a las estructuras claustrales de origen medieval.

Su divergencia con las raíces europeas pivotaba sobre el rechazo inicial a las composiciones cerradas de esencia monacal, en favor de la disposición de edificios abiertos y separados en un entorno verde.

Pero el *campus* norteamericano pretendió ser, ante todo, la manifestación urbanística de la mentalidad y la personalidad social, cultural y económica de la nueva nación. La energía motriz de esta apuesta hundía sus raíces en la utopía revolucionaria o de la ilusión, que defendería la implantación de la Universidad al margen de la Ciudad, desembocando en el "*Academical village*".

Ampliando el campo de visión hasta alcanzar una panorámica territorial, la extensa proliferación de *campi* a lo largo del país generó todo un "archipiélago" de islotes del Saber, estableciéndose desde los inicios del siglo XIX y prolongándose hasta la actualidad. Uno de los proyectos más relevantes fue sin duda el de la Universidad de Virginia, Charlottesville, trazada entre 1817 y 1819 por el que fuera tercer presidente norteamericano, Thomas Jefferson. A la sólida unidad que impregna el diseño global se añadió la marcada influencia neoclasicista y palladiana en el lenguaje arquitectónico empleado. Al interpretar la naturaleza de las fuentes conceptuales en las que bebía el autor, es pertinente descubrir el rastro de las siguientes: por un lado, la tradición griega, en cuanto al modelo de convivencia entre maestro y discípulo; por otro, la romana, en lo que se refiere al estilo y la composición de los espacios físicos. De hecho, se ha sugerido que uno de los planos que más incidió en la concepción del *campus* jeffersoniano fue el de Villa Trissino. La huella del Saber resultante fue la manifestación de un nuevo recinto docente en el cual se combinaban la axialidad y el perspectivismo del plano director con una disposición abierta y extrovertida hacia el entorno natural de sus controlados volúmenes.

Desde su nacimiento tipológico, y a lo largo de las dos últimas centurias, el modelo transoceánico ha experimentado diversas variaciones en su concepción, estilo y configuración, dejando excepcionales muestras de su valía en Universidades como Berkeley, Harvard, Yale, Columbia, Stanford, Chicago, Washington, Princeton o el espléndido diseño de Mies van der Rohe para el Illinois Institute of Technology, entre otras muchas.

Haciendo un breve repaso por el repertorio de sus enunciados morfológicos, pueden mencionarse las siguientes: unas primeras agrupaciones coloniales inspiradas en los *colleges* anglosajones; los conjuntos decimonónicos dominando el entorno natural; el modelo de Universidad-Parque de los primeros proyectos *Land Grant*, entre lo cuales destacó el de Berkeley, trazado por Frederick Law Olmsted en 1866, y que fuera en 1899 objeto de un importante concurso que ganó Emile Bénard; la tendencia *Beaux Art*, a la que pertenecen *campi* tan emblemáticos como el de Stanford, diseñado en torno a 1886 también por Olmsted; las propuestas posteriores que propugnaban el retorno al

carácter intimista del *quadrangle* británico y, por fin, las más recientes planificaciones, regidas por las pautas que privilegiaban como criterio estructurador las circulaciones frente a otros argumentos organizativos.

4. El reciente caso español

Al esplendor medieval y renacentista en la España de las Universidades paradigmáticas sucedió un profundo decaimiento a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Los intentos de renovación, promovidos entre otros por los monarcas Carlos III y Carlos IV o aquellos recogidos por la Constitución de 1812 acabaron fracasando, quizá por adolecer de la falta de una burguesía emprendedora que hubiera desempeñado una tarea paralela a los procesos de revitalización que fueron llevándose a cabo por aquel entonces en otros países del Viejo Continente. Ante una Universidad pobre e impotente, en España se rechazó el desafío de una valiente reestructuración, refugiándose en la superstición del centralismo. Éste se asentó con solidez, como reflejaba la Ley Moyano de 1857, la cual reconocía el carácter de Universidad Central para Madrid, y establecía nueve Universidades de Distrito en otras tantas provincias.

La Universidad europea decimonónica entró en crisis, inaugurando con esta preocupante situación el siglo XX, triste proceso al que no fue ajena la Institución española. La esperanza revitalizadora llegó de la mano de la Institución Libre de Enseñanza, promovida a partir de 1876 por Giner de los Ríos y continuada posteriormente por Manuel Bartolomé Cossío, así como del empuje realizado por la generación del 98. La creación de la madrileña Residencia de Estudiantes materializó un añadido estímulo, trasladándose en 1915 al actual emplazamiento, que Juan Ramón Jiménez bautizó como la "Colina de los Chopos". Su establecimiento propició que otras Universidades la tomaran como ejemplo. Este fue el caso de la Universidad de Santiago de Compostela, donde surgió la idea de recuperar el espíritu de los desaparecidos Colegios, fruto de lo cual se emprendió a partir de 1928 la construcción del Campus Sur, recinto periférico de nueva planta que trazara Jenaro de la Fuente.

Volviendo a la entrada en el siglo XX, ésta vino marcada por una considerable rigidez en la administración de la Institución que frustraba los anhelos de autonomía, lastre al que se sumaban los inconvenientes derivados de la insuficiencia de medios materiales y económicos. Con independencia de nuevos proyectos reformistas que intentaron fracasadamente ver la luz, el paréntesis de la guerra civil aplazó hasta la década de los sesenta la efectiva reconstrucción de la Universidad española, superando en el camino las vicisitudes de la Ley de Ordenación de la Universidad Española de 1943. Esta vez sí en relativo paralelismo respecto al caso europeo, la Universidad de masas tomó cuerpo como modelo diferente a los precedentes (británico, francés, alemán y norteamericano). El nuevo formato transportaba en su interior la carga contradictoria de lo que podría denominarse utopía de la democracia. En este sentido, se ponía en cuestión si una Universidad plural, multisocial y masificada era y es susceptible de ofrecer una respuesta sólida y fehaciente a la demanda educativa. Uno de los documentos que contribuyeron a la modernización de la Institución a nivel nacional fue la Ley General de Educación y Financiamiento de la Reforma Educativa, promovida en 1970 por el entonces Ministro Villar Palasí. Si bien no acabó fraguando como hubiera sido deseable por parte de sus gestores, marcó el camino a seguir para avanzar en la autonomía universitaria.

En lo concerniente a la implantación urbana, la presente centuria ofreció en sus comienzos la tipología de la que podría entenderse como cuarta "Ciudad del Saber"; quizá heredera de los conjuntos pabellonarios disueltos en la



Universidad de Columbia
(Nueva York, EEUU)



*Universidad Politécnica de Cartagena
(Cartagena, España)*

ciudad, propios de la Universidad pansina del XIX, a los que se incorporó un sensible orden urbano, una vocación posicionalmente periférica y una cierta inspiración en las directrices compositivas del *campus* norteamericano, en su "regreso" al Viejo Continente tras su inicial viaje de ida desde éste en el siglo XVIII. Surgieron así las Ciudades Universitarias de Madrid (1927), Roma (del arquitecto Marcello Piacentini), Montreal (cuyo proyecto data de 1924), Atenas (con diseño de Em. Kriesis) y, en ciertos aspectos menos directos, la de Oslo, de los arquitectos Finn Bryn y Johan Ellefsen, quienes se adjudicaron el segundo concurso convocado en 1926.

Tras las confrontaciones bélicas mundiales, la revitalización universitaria de los años sesenta y setenta dejó dos propuestas urbanísticas de prolífico desarrollo: la inglesa -muy condicionada por el Informe Robbins de 1963- y la alemana, radicando su principal divergencia en la existencia del uso residencial para la primera, y la ausencia de éste en la segunda. En un orden más detallado, y desde el punto de vista del diseño, la alusión a paradigmas en cuanto a propuestas arquitectónicas no puede pasar por alto el proyecto de la Universidad de Berlín, diseñado en 1963 por Josic, Candilis, Woods y Schiedhelm, en el que la composición a base de una trama bidireccional marcó toda una tendencia, muy influyente en numerosas Universidades europeas de esta época, y en otras muchas actuales, en las que se detecta su directa raíz tipológica.

En España han ido paulatinamente entrando en el escenario de los modelos de implantación urbanístico-arquitectónica una serie de rasgos propios de la huella universitaria, a los que se han incorporado otros tras la Ley de Reforma de 1983 y la progresiva descentralización a nivel autonómico estatal.

Por un lado, un marcado desarrollismo en la creación de nuevas Instituciones y en la construcción de nuevos recintos para las existentes, lo que ha generado un fenómeno de centrifugación y neoperiferización en las ciudades. Esta prolífica natalidad destila en muchos casos un cierto aroma más justificable desde la presentación de la Universidad como una operación de prestigio político que como consecuencia de una estricta planificación académica, social o urbanística.

En segundo lugar, una apuesta por las macroestructuras arquitectónicas, edificios compactos de sobresalientes dimensiones y esencia multifuncional, quizá herederos a otra escala de los primitivos conjuntos compactos renacentistas e incluso de los grandes monasterios medievales.

En tercer lugar, una frecuente adaptación de obsoletas edificaciones militares en desuso, felizmente recuperadas para el nuevo uso docente.

En cuarto y último, un muy reciente retorno a la regeneración de los cascos antiguos, en un proceso de reinención de la tradición universitaria española, cuya histórica esencia está sustancialmente arraigada en el tejido urbano. Muestra paradigmática de esta tendencia puede llegar a cristalizar en el proyecto a desarrollar en Cartagena.

En no pocas ocasiones, el caso español ha padecido la desvirtuación provocada por la importación de modelos foráneos, no exentos de un marcado eclecticismo y un notorio vaciado de los usos contenidos. Este cuestión vuelve a poner sobre la mesa el histórico debate que enfrenta al funcionalismo racionalista en la ciudad con la identidad de tejidos en su trama urbana. El primero defiende la desvinculación especializada, lo cual genera las implantaciones yuxtapuestas; la segunda reclama la convivencia superpuesta como fórmula de mayor coherencia. En suma, el duelo

entre segregación e integración, aludiendo a la utopía básica de la Universidad, cual es la conciliación entre *Natura* y *Cultura*, esto es, entre *Campus* y *Civita*.

5. La Universidad en las puertas del siglo XXI

La Universidad es por antonomasia la proa intelectual de la Humanidad. Como cuerpo organizado donde se realizan las actividades de creación, transferencia, aplicación y difusión del Saber, continúa hoy enfrentándose al reto del ensamblaje con un dinamismo social en ininterrumpido proceso de cambio estructural, que provoca considerables puestas en crisis de ideologías y valores. Como señalaba Ortega y Gasset: "La Universidad es la proyección institucional del estudiante". Entendida como tal, su mayor aspiración ha de ser la cristalización de las virtudes de la entidad urbana a la que está históricamente ligada, lo que explica el término "Univer-Ciudad". Dentro de este contexto de génesis y transformación metropolitana, ha conformado materializaciones arquitectónicas que son reflejo edificado del pensamiento social para cada momento.

En la cambiante actualidad, la Universidad parece desenvolverse dentro de los ámbitos del "tercario avanzado o decisional", puesto que su espacio está muy vinculado al de la decisión económica elitista, más que al de la "Ciudad del Saber" en sentido estricto. Pese a todo, el citado dinamismo que conduce todavía a la sociedad por la senda de la masificación universitaria, no deja de avanzar a remolque de los avances científicos y tecnológicos de la época. Por esta razón, sus más novedosas propuestas en materia de implantación física propugnan la disolución de este último adjetivo, sustituyendo así lo corpóreo y material de las tipologías arquitectónicas por lo inconsútil de los modernos canales de telecomunicación. Surgiría así una hipotética quinta "Ciudad del Saber", articulada sobre las autopistas de la información, la cual dio lugar a una expresión acuñada por primera vez en una reciente publicación del M.I.T. norteamericano de Boston: el *campus virtual*.

En España, la Universitat Oberta de Catalunya apostó a partir de 1994 por un sistema de comunicaciones a base de una "Intranet" interno, conectado a "Internet", de modo que al primero sólo pueden acceder las personas autorizadas por esta Universidad. Experiencias parecidas llevadas a cabo están representadas por los casos de la Athena University norteamericana, la Open University inglesa o la Universidad holandesa, que acoge a la Asociación Europea de Universidades a Distancia. El proceso no parece sino haber comenzado, y son justificables la multitud de interrogantes que surgen ante un ya inmediato futuro que no ha desvelado todavía las claves de la relación que se irá estableciendo entre la Universidad y el espacio destinado a su actividad.



Illinois Institute of Technology (Chicago, EEUU)

Sirva este somero recorrido histórico-tipológico, efectuado desde el doble prisma académico y arquitectónico, como introducción al análisis interpretativo de la realidad construida que hoy presenta la Universidad en España. La presente monografía pretende enriquecer la lectura que de los recintos docentes puede hacerse, tomando como columna vertebral la herencia recibida por los diversos modelos de implantación física detectados a lo largo de los siglos. Éstos constituyen, como ha quedado esbozado, la traducción formal de relevantes concepciones utópicas y formales.

La concatenación entre modelos institucionales, estilos académicos y "máquinas del Saber", es decir, las Universidades, es un eje argumental de plena vigencia. La permanente reestructuración a la que se encuentra sometida la Institución tiene como consecuencia una serie de materializaciones, en tanto que la Arquitectura actúa como catalizadora de sus virtudes. Así estudiada, constituye un rastro mutable en continua renovación y redefinición, confirmando su papel como "huella del Saber" en la ciudad y el territorio a lo largo de la Historia.